



EL REINADO DE UN TUERTO (1).

I.

El retiro del sabio.—El color de las casas.—La sombra y la breya.—El juicio rural y el juicio urbano.—Hojarasca y fruta.—El sabio del retiro.—Las consultas.—Las capas concéntricas y la sal mortífera.—Los misterios sibiliticos.

Antes de todo conviene decir que el tuerto de quien aquí se trata es uno que tiene la vista muy hermosa. Santa Lucía se la guarde.

En Deusto, una de las aldeas confinantes con Bilbao, vivía un caballero anciano llamado D. Pablo, que era queridísimo y respetado de to-

dos los habitantes de las caserías dispersas en torno de la suya.

Tanto oí á aquellas buenas gentes encarecer la sabiduría y bondad de D. Pablo, que entré en gana de conocer personalmente á aquel caballero. Una tarde muy apacible del mes de Junio, en lugar de continuar mi paseo, según costumbre, por los excelentes caminos vecinales que recorren el centro de la populosa aldea entre alegres caserías y huertos y jardines llenos de árboles frutales y flores, tomé una estradita entolda-

(1) Esta narración, escrita expresamente para LOS NIÑOS, necesita algunas explicaciones previas. La lectura de tan lindo, ameno y útil periódico, y las explicaciones verbales de su discreto director y editor, me han hecho comprender que éste no se propuso dar á luz una revista dedicada sólo á entretener é instruir á angelitos de seis á diez años, y prueba de ello es, que para llenar este objeto publica otro periódico infantil con el título de *La primera edad*; propúsose dar á luz un periódico cuya lectura fuese apropiada á la inteligencia y las necesidades intelectuales de los niños de diez á quince años, sin que dejase de ser grata y útil aún á los adolescentes. La forma sencilla y amena y el fondo grave

é instructivo que por regla general se advierten en esta publicación, corresponden á aquel propósito de su digno director y editor, y coadyuvando yo á este propósito, voy á escribir la narración que seguirá á este preliminar.

Aunque el principal objeto de este trabajo sea entretener honestamente, irán intercaladas en él enseñanzas útiles á la práctica de la vida, porque estoy persuadido de que lo que los niños aprendan en esta narración no lo han de olvidar nunca, lo que no sucedería probablemente si se les enseñase sin el atractivo de esto que hemos convenido en llamar amena literatura.

da de parras silvestres, zarza-rosas, jazmines y madreselvas, que conducía á la casería de D. Pablo. Esta casería estaba en Goyérri, es decir, en la parte alta de la aldea que se extiende por la falda meridional del Archanda, como que su lucido caserío comienza en el histórico pináculo de Banderas y termina en Olabeaga, orilla derecha de la ria, donde forma dilatada, rica y hermosa calle.

La casería de D. Pablo era conocida con el nombre de Echezúri, que equivale á Casa-blanca, porque era blanca como una pella de nieve, pues su dueño no participaba del mal gusto de los que allí, como en otras partes, han dado en vestir las casas de lo que yo llamo medio-luto, es decir, de color de tierra más ó ménos oscura, sin quererse convencer de que sobre el fondo verde del campo, no hay color más gracioso y alegre que el blanco. Delante y en torno de ella abundaban los árboles frutales, porque su dueño era de parecer que la sombra de un árbol no pierde nada de su atractivo porque cuando uno está tumbado á ella boca arriba, le caiga á uno, por ejemplo, una breva que le llene de almíbar la boca.

Un amigo mio, muy metido en los trotes de la alta sociedad madrileña á que pertenece, tiene en una aldea una hermosa casa, donde pasa el verano con su familia. Hace pocos años hizo grandes reformas en la huerta que se extiende á espalda y costado de la casa, y tuvo gran empeño en que yo fuera á verlas. Fuí, en efecto, un año despues, y me encontré

con que habia convertido casi toda la huerta en un bosque de árboles puramente de sombra y casi todos exóticos.

Gustóme la amenidad de aquellos bosquecillos, donde apenas penetraban ya los rayos del sol, y nos sentamos á conversar al pié de unas acacias de bola.

—Con que ¿qué le parecen á V. mis reformas? me preguntó mi amigo reventando de satisfaccion con las señales de la mia que habia observado ya.

—Me parece que ha convertido V. en un verdadero paraíso la huerta.

—Mucho celebro que esta reforma merezca la aprobacion de V., tanto más, cuanto que tengo el sentimiento de que no haya merecido la de mis vecinos.

—¿Y por qué no la ha merecido?

—Porque pedir juicio recto á estos aldeanos es pedir peras al olmo.

—En eso no estoy conforme con usted, amigo mio; los aldeanos tienen juicio tan recto como los cortesanos, sólo que los aldeanos le dirigen al punto que les conviene, y los cortesanos al punto que les conviene tambien. ¿Y qué es lo que los aldeanos dicen de las reformas que V. ha hecho aquí?

—Un disparate: dicen que es lástima haya llenado la huerta de árboles inútiles, pues para ellos sólo son árboles útiles los que dan fruta.

—Pues, amigo, debo decirle á usted que participo, si no en un todo, en gran parte, de esa opinion de los aldeanos.

—Hombre, no diga V. disparates.

—Voy á probar á V. que no los digo.

—Me parece difícil esa prueba.

—Pues á ella me remito. Aquí ha puesto V. árboles y arbustos de hoja perenne y hoja caduca, ¿no es verdad?

—Cierto.

—Pues entre los árboles frutales pudiera V. haberlos escogido de ambas especies. Por ejemplo, el lugar que ocupan esas magnolias pudieran ocuparle naranjos y limoneros, que no dan sombra ménos grata ni tienen aspecto ménos bello ni dan flores ménos aromáticas, y el lugar que ocupan esas laureolas pudieran ocuparle nísperos del Japon, que no son ménos hermosos, florecen en invierno, y sazona su agradable fruta en primavera. En cuanto á los árboles de hoja caduca, no creo, por ejemplo tambien, que los guindos sean ménos bellos y simpáticos que las acacias...

—Sí señor, pero todos esos árboles son frutales.

—Pues precisamente esa es la razon porque los aldeanos y yo los preferimos. ¿Qué, el frutal no da sombra y flores tan gratas como las del árbol que no lo es? ¿Y la fruta no es un excedente de belleza y aroma, de que carecen los árboles puramente de sombra?

—Estoy conforme con V. en eso, pues soy como V. aficionado á la fruta, y prueba de ello es, que cuando todo esto estaba lleno de frutales, mi mayor delicia era pasear por la huerta, cogiendo una naranja aquí,

una guinda allá, una pera acullá, un melocoton en este lado, un higo en el otro, y embelesándome con el aspecto y el aroma de tanta y tan exquisita fruta como aquí habia.....

—Pues entónces confiese V. que los aldeanos y yo tenemos razon.....

—No la tienen ustedes.

—¿Cómo que no?

—No señor, porque en el dia es muy *cursi* eso de haber en los jardines árboles y arbustos españoles.

—¡Como si, por ejemplo, el aromático laurel indígena de botones de oro no fuese más bello que el laurel exótico!

—Convengo en ello, pero repito que en el dia es muy *cursi* tener en los jardines árboles ó arbustos indígenas, y sobre todo, árboles frutales, y siendo esto así, ¡figúrese V. el ridículo papel que yo haria si los tuviera el dia que vengan á ver esto algunos amigos de Madrid, que ya me han prometido venir!

—Pero ¿por qué razon es *cursi* tener fruta en los jardines?

—Porque se considera que se tiene por especulacion.

—Amigo mio, dije poniéndome muy serio, si la rectitud del juicio cortesano ha de calcularse por la muestra que V. me da, digo y sostengo que el tal juicio es un verdadero *zig-zags*, como dicen los españoles extranjerizados.

El sentido de D. Pablo era derecho como un huso, y en prueba de ello la casería de Echezuri, que no carecia de elegancia ni de jardin, los únicos árboles puramente de sombra

que tenía en torno suyo, eran unos magníficos laureles indígenas.

D. Pablo, que andaba en la huerta-jardin, oyó mis pasos en la estrada, y se asomó á la tapia para ver quien iba á visitarle en su delicioso retiro. Saludámonos, y ántes que yo le dijese que la curiosidad me llevaba allí, se apresuró á abrir la puertecilla de la huerta y á salir á mi encuentro, ofreciéndome, ó mejor dicho, exigiéndome que pasára allí el resto de la tarde.

Enseñóme su casa, enseñóme su huerta, presentóme á su mujer y familia con la sencillez más franca, y por último, se empeñó en que al pié de un naranjo, desde donde se descubre todo el valle y hasta el mar, allá por el noroeste, habíamos de probar, en amor y compañía, el vino de su última cosecha, con acompañamiento de unas magras, cuyo aroma venía hasta la huerta como para apoyar las instancias de D. Pablo.

Después que pasé en su compañía cerca de dos horas, comprendí cuán justificada era la opinion de sabio y bondadoso que en Deusto tenía. Era uno de aquellos hombres que, sin presumir de sabios ni haber hecho un estudio especial y profundo de ningún ramo de las ciencias humanas, tienen, cuando ménos, exactas nociones de todas. Su sabiduría era más bien práctica que teórica. ¡Qué riqueza, qué amenidad, qué multiplicidad de conocimientos, aplicables todos á las necesidades frecuentes y ordinarias de la vida, y sobre todo, de la vida campesina, habia adquiri-

do aquel hombre con la propia observacion y los libros de que tenía provisto un gran estante!

Miéntas permanecí en Echezuri llegaron hasta media docena de labradores y labradoras á consultar á D. Pablo; uno, sobre si debia recabar la viña el dia siguiente; otro, sobre qué haria con un buey que no queria comer; éste, sobre si seguiria el buen tiempo y podria pegar fuego á un calero que tenía preparado para ello; aquélla, sobre si debia poner ya á la escuela á su hijo; y la otra, sobre si convendria á su salud que bebiese del agua que brotaba de una roca silíceá, ó del agua que brotaba de una roca ferruginosa.

A todos dió D. Pablo su parecer concreto, sin explicarles las razones en que le fundaba, y á ninguno dejó marchar la señora sin alegrarle ántes con una jarrilla del doradillo licor de aquellas laderas que nosotros saboreábamos bajo el naranjo.

—¿Sabe V. lo que me ocurre, señor D. Pablo? dije al oír aquellas consultas y aquellos pareceres.

—¿Qué le ocurre á V., amigo mio?

—Que pudiera V. hacer un gran bien á las gentes de estos campos enseñándoles las infinitas cosas, de aplicacion tan sencilla y fácil como útil á la vida del labrador, que usted ha ido atesorando con la observacion y el estudio, y que será un dolor se lleve V. á la sepultura el dia que Dios le llame á su seno.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.



EL NIÑO Y EL MAESTRO DE ESCUELA.

(FABULA.)

De su alegre carrera en un arranque,
 Un muchacho travieso
 Se cayó de patitas á un estanque
 Cuya agua le cubria con exceso.

Quiso su buena suerte
 Que un árbol á la orilla se encontrára
 Y le salvase de temprana muerte,
 Permitiendo que el niño se agarrára
 A una rama extendida,
 La cual, despues de Dios, le dió la vida.
 —¡Favor! gritó. ¡Socorro, que me muero!—
 Y tanto repitió su cantinela,
 Que hizo acudir ansioso á un caballero :
 Era un maestro de escuela.
 Acercóse á la orilla,
 Y con voz reposada
 Al viento dió esta plática sencilla,
 Aunque algo inoportuna y muy pesada :

«— ¡Oh! muchacho imprudente,
 Repara cual te ves; necio corrias
 Tras el placer jugando alegremente,
 Y tu vida y tu bien comprometias.
 Desgraciado de mí, que me consagro
 A pretender el sin igual milagro
 De hacer que la niñez vaya adquiriendo
 Experiencia y razon. Ahora comprendo
 Cómo nunca se halla
 Tranquilo el padre, cuya tierna esposa
 Le da, para que sufra, esta canalla.
 ¡Triste suerte la suya! ¡Fuerte cosa!
 Que este riesgo te sirva de escarmiento,
 Jóven desobediente y aturdido :
 Escuché, por fortuna, tu lamento ;
 Pero dime, ¿y si no lo hubiera oido?»

Dijo el maestro, y sacando al muchachuelo,

Hecho una sopa le dejó en el suelo.

Que hay mil pedantes, cosa es evidente;

Que hay quien tranquilamente

Morir veria á toda su ascendencia

Por lucir en el duelo su elocuencia;

No lo dudeis, porque lo mismo encaja

Un discurso en la cuna ó la mortaja.

Razon te sobra en tu oratorio arranque,

Pedagogo, mas ve que no soy rana;

Sácame lo primero del estanque,

Y dí despues cuanto te dé la gana.

M. OSSORIO Y BERNARD.

UN COLECCIONISTA DE SELLOS.

Todo género de conocimientos y estudios, aun los que parecen más varios, da resultados útiles y á veces sorprendentes.

FERMIN CABALLERO.

Juanito es un muchacho de todas prendas; dócil, aplicado, juicioso, observador como pocos, y muy amigo de emplear el tiempo en cosas de provecho.

No hace muchos dias, al regresar del colegio, encaminóse derechamente al despacho de su papá, y despues de haberle saludado y besado la mano, acto de respeto que jamas olvida, díjole entre temeroso y alborozado:

—Participo á V., mi querido papá, que durante el mes me he sabido perfectamente todas las lecciones.

—No me anuncias nada nuevo, puesto que á ello me tienes acostumbrado; pero aun así, lo celebro en el alma.

—Es que ha de saber V. que todos los profesores han dado el parte, poniéndome la calificación superior.

—Muy bien, muy bien, hijo mio; pero hazte cuenta que para tí traba-

jas, y que con ello cumples con los deberes que tu estado te impone.

—Sí, señor, sí; pero es que, y no lo digo por vanagloria, durante el mes he tenido más eses que todos los compañeros juntos.

—Antójaseme que tu insistencia se encamina á algo más que á darme tan gratas nuevas.

—Acertó V. ¿No me dará V. un durito?

—¿Para qué lo quieres?

—Si viera V. qué sellos más hermosos ha emitido últimamente la República Argentina...

—No, señor, no quiero darte el duro. ¡Cuidado que es capricho gastarte cuanto dinero te se da en la compra de semejantes fruslerías! Y si fuese esto sólo, vaya en gracia; pero lo peor es que no hay amigo, ni conocido que no pongas á contribucion; digo mal, que no me obligues á importunar, como juzgues que recibe correspondencia de países extranjeros. Yo no sé qué diablos de placer puedes proporcionarte con esos pedacitos de papel, que no sirven para maldita de Dios la cosa, y

que las más veces se hallan tan sucios y ennegrecidos, que es imposible descifrar lo que tienen dibujado.

— ¡Y qué razón tiene V., papá! Yo le aseguro á V., que como estuviera en mi mano, había de mandar que los sellos se inutilizaran de manera que pudieran apreciarse sus detalles más insignificantes, y no como en Filipinas, por ejemplo, que no parece sino que para inutilizar los sellos, los restregan contra los peroles y cacerolas más negros y mugrientos que hay en la casa.

— Ya ves, pues, cómo la razón está de mi parte cuando te digo que emplear dinero en sellos para formar colecciones, vale tanto como tirarlo por la ventana á la calle.

— ¡Oh, eso no!

— ¿Que no, dices? Vamos á ver, ¿qué provecho sacas de ello?

— Mire V., papá: por lo que usted me ha dicho repetidísimas veces; por lo que les he oído á mis profesores; por los propios impulsos de mi corazón, y hasta por lo que mi naturaleza me indica, comprendo que ni se puede ni se debe trabajar continuamente: que después de cumplidos los deberes que impone el estudio, es indispensable proporcionar esparcimiento al ánimo por medio del juego...

— Ya se ve que sí; y ahí tienes otra razón para que no vea con gusto que te pases, coleccionando sellos, las horas destinadas al recreo.

— ¿Y cree V. que el coleccionarlos no me sirve de recreo y de diversion? Ó es que preferiría V. que saltára y brincára, y lo volviera todo

de arriba abajo, estorbándole á usted, y dando con ello motivos de reprimenda á mi buena mamá?

— No; pero entre ambos extremos...

— Mire V., papá; á mí no me gustan ya los juegos bulliciosos; queden para mis hermanitos los trompos y pelotas, los soldados de plomo y las pajaritas de papel. Por lo que á mí toca, prefiero los sellos, puesto que al par que me proporcionan agradableísimo entretenimiento, me hacen aprender muchas cosas que acaso no sabría, puesto que no las he encontrado en los libros.

— ¿Y las has aprendido jugando con los sellos?

— ¡Qué duda tiene! Mire V.; gracias á ellos sé que los portugueses cuentan por reis; los franceses por francos; los italianos por liras; los griegos por leptons; los turcos por paras; los ingleses por peniques y chelines; los suizos por rupias; los romanos por bayocos; los alemanes y austriacos por grosdiens y krentzers; los suecos por óres; los rusos por kopecks; los japoneses por seus; los chinos por caudarens; los anglo-americanos por dollars, y para no molestarle más y para concluir, nosotros, los españoles, gracias á nuestro carácter, que presumo que ha de consistir en no tenerlo, en el breve espacio de veinte años, hemos contado por cuartos, y por reales, y por céntimos, y por escudos, y por pesetas, cambiando de unidad de moneda con tanta facilidad como de forma de gobierno.

(Sigue en la página 138.)

LA MENDIGA.



La pobre madre ha agotado ya sus fuerzas..... Solamente el amor maternal, el poderoso amor maternal, la sostiene en su terrible lucha con la miseria. Se siente morir y no quiere morir, porque su vida no es suya sino de su hijo, del cuitado niño que no tiene otro amparo que el de la infeliz madre. Con sus besos quiere dar calor al niño que desfallece falto de alimento. ¿Y adónde va la triste?..... Va á confiar su hijo á la caridad para librarle de la muerte, va á llevarle á un asilo de beneficencia, mientras ella procura trabajar y ganar para poder recogerle luego.

Acaso no conseguirá su intento, acaso morirá la desventurada sin poder recobrar á su hijo. ¿Cómo expresar los dolores infinitos que siente la madre sin ventura en tan crueles momentos?.....

Niños que teneis madre, y hogar, y buen lecho, y abundante mesa, no os olvidéis nunca de los pobres niños que nada tienen, que desde que nacen comienzan á sufrir todo el peso de la desgracia.



TORO

LA MUERTE Y EL PRISIONERO.

« Vén, ¡oh Muerte! sin tardar,
Que hallándome de esta suerte,
Sólo en brazos de la Muerte
Consuelo puedo encontrar. »

De este modo se expresaba
Con acento lastimero
Un pobre, que prisionero
Por ajena culpa estaba.

Maldiciendo su destino
Tanto á la muerte llamó,
Que la Muerte al fin le oyó
Y á su negro encierro vino.

Mas él, que la llamó tanto,
Ansioso de reposar,
Quedó, en viéndola llegar,
Mudo de terror y espanto.

—Aquí estoy, con voz sombría
Le dijo: dime qué quieres.

¿A la vida me prefieres?
Pues morirás á fe mia.

Aun tu día no ha llegado,
Mas yo á tu gusto me ajusto,
Y si morir es tu gusto
Te serviré de contado.

Vén, pues, y libre de penas
En mis brazos te verás,
Y en ellos no sentirás
El peso de esas cadenas.

Vén y nada te acobarde:
Mira que deprisa vengo,
Que hay otros vivos que tengo
Que matarlos esta tarde.

—¡Oh! no, no quiero morir,
El preso exclamó aterrado,
Perdona si te he llamado.....
Lo que yo quiero es vivir.

Mi suerte no está cumplida,
Déjame, pues, con mis penas;
¿Qué me importan las cadenas
Si aún aliento y tengo vida?

Con la fe todo se alcanza,
Ya tengo fe, y vivir quiero,
Porque mientras vivo espero
Y es la vida la esperanza.

La Muerte al preso dejó
Resignado, y brevemente,
Reconocido inocente,
Su libertad recobró.

Con este ejemplo se advierte
Que es siempre amable la vida,
Y lo que á Dios debe olvida
Quien llama, necio, á la Muerte.

FRONTAURA.

—Hola, hola, también te enseñan política los sellos?

—Si es política cuanto se relaciona con las formas de gobierno por que se rigen los Estados, y con los acontecimientos que en los mismos han tenido lugar á consecuencia de guerras, conciertos y esto que ahora, para no llamarlo por su nombre, se ha convenido en calificar de anexiones, también se aprende política en los sellos. Por ellos se sabe qué pueblos son repúblicas; cuáles monarquías, cuáles otros, imperios: ellos revelan el nombre de los diferentes soberanos, presidentes, reyes y emperadores, que han tenido bajo su dirección los destinos de los pueblos, desde que se estableció en los mismos el sistema de franqueo, ideado por el modesto hijo de un pobre maestro de escuela, el célebre sir Rowland Hill: por ellos puede venirse en conocimiento de las fechas, ó por lo ménos del tiempo en que Parma, Módena, Toscana, Nápoles, el Véneto, y últimamente Roma, han caído bajo el poder de Víctor Manuel...

—¿Y cómo sabes esto por los sellos?

—Es muy sencillo: se sabe, porque ántes todas esas naciones y Estados tenían sus sellos propios, y ahora, para la correspondencia de los mismos, sólo emplean los que llevan la efigie de *Vittorio Emmanuel re d'Italia*. Lo mismo aconteció con la Alsacia y la Lorena, pues en cuanto se apoderaron de ellas los señores prusianos, crearon unos sellos pro-

visionales, empleando desde que forman parte del imperio, los que se usan en Alemania.

—Pues mira, no había yo calculado...

—Aun hay más, los sellos sirven para estudiar Geografía. ¿Sabe usted dónde están Transvaal, Surinam, Fidjió, Kiriloff, Livni, Fatejh, Melitopol, Palimpoor, Honoluhí, y otros pueblos, islas, provincias, colonias y repúblicas, cuyos nombres recuerdo, y cuyos sellos, escudos, figuras, retratos, dentelladuras y filigramas pareceme que estoy viendo, siquiera no los nombre ni los tenga delante? ¿Ha oído V. hablar alguna vez del rey Kamehameha V, de Kamamahí, y de la reina Kekuannoa, que es una señora mulata muy guápetona y muy *comm' il faut*? ¿Sabe V. dónde se hallan los Estados en que gobierna el rey Thakombau? Y si es verdad aquello de que para muestra basta un boton, ¿no se atrevería V. á deducir el estado de adelanto en que se hallan las artes en un pueblo, por la manera como se hallan dibujados y grabados sus sellos de correo? ¿Pueden compararse, por ejemplo, los magníficos retratos de la reina Victoria, que constituyen los sellos de Nueva Escocia, con las aleluyas que se usaron en España mientras nos hizo felices el Gobierno provisional; los de Fernando II de Nápoles, con los de Nueva Caledonia, que pretenden representar el busto del tercer Napoleon; los de los Estados Unidos, en los cuales se hallan perfectamente retratados sus hombres

célebres, tales como Washington, Franklin, Abraham Lincoln, Jefferson Davis, Henry Clay, el general Grant y otros y otros, grabados por la *Continental bank-note Compagny*, con los de la república mejicana, que no parecen sino informes muñecos, trazados por la mano inexperta de un chiquillo? ¿Sabe V. qué pueblos usan mejores tintas para la estampación; cuáles los que elaboran mejor papel; cuáles los que practican mejor el taladrado; cuáles los que sobresalen en las filigramas que sirven para dificultar las falsificaciones? ¿Sabe V. qué nación es la que tiene más aficionados á defraudar el erario, á vivir sin trabajar, hasta el punto de que no sea de legítima procedencia un cincuenta por ciento de los sellos que se emplean en el franqueo de las cartas, siquiera para ello deba cometer abusos que castiga, ó debe castigar, á lo que entiendo, el Código penal? ¿Se ha detenido V. alguna vez en considerar que Inglaterra y Rusia han empleado casi constantemente los mismos sellos, en tanto que en España se cuentan las emisiones por años, con la circunstancia de que ha habido algunos en que se han puesto á la venta dos y hasta tres, y todo para evitar las consecuencias de las falsificaciones? ¿Sabe usted qué sistema emplean los japoneses para escribir sus números, y que el valor de sus cifras cambia según que se escriban encima ó debajo

de la cifra que representa nuestro 10, al modo que el valor de las romanas aumenta ó disminuye, según que la menor esté colocada detrás ó delante de la mayor? ¿Sabe V...

—No, no sé nada; no quiero saber nada: me basta con lo que has dicho; y puesto que tanto puede aprenderse coleccionando sellos, no por el mero capricho de reunir muchos, sino con el fin de sacar de ellos provechosa enseñanza, puedes continuar adquiriéndolos, enriqueciendo tu álbum, y para que cultives semejante afición, para que en ello ocupes las horas que te deje libres el estudio, ahí van, toma: ahí van estos cinco duros. Esto, por hoy.

El chico salió á escape, diciendo para su capote:

«Lo que es ahora no se me escapan el *oso y el madroño* y el *seis reales* de 1850. Ochenta reales me van á costar; pero es como si me los encontrara en la calle, pues lo que es yo, sólo un durito me prometia.»

El padre en tanto, gozoso y satisfecho, considerando las buenas disposiciones de su hijo, restregándose las manos de puro júbilo, decía para sí: «Ese muchacho vale un Perú: al cabo me ha convencido de que, como ha dicho no sé quién, *lo más inútil, lo más trivial, lo más despreciable á primera vista, encierra tesoros sin cuento, y abre nuevos caminos al cultivo de la inteligencia.*»

CAYETANO VIDAL Y VALENCIANO.

LA MEJOR AMIGA.

(Continuacion.)

III.

No bien la madre de Enriqueta hubo salido del jardín, ésta echó á llorar desconsoladamente, dejando la labor que tenía en las manos.

El ruido de unos pasos que se acercaban le hizo volver la cabeza, y vió á la camarera que cogia flores para renovar las del salon, cantando alegremente.

A la espalda del cenador donde estaba sentada Enriqueta habia un hermoso rosal de Alejandría. Anita se acercó á él para despojarle de sus galas con las tijeras, y vió que la niña tenía los ojos bañados en lágrimas.

—¡Dios mío! ¿Qué tiene V., señorita? exclamó al verla.

—Nada..... ¡déjame en paz! repuso Enriqueta impaciente.

—¿Quiere V. que llame á la señora?

—¿Para qué? ¡Buen cuidado pasa mamá por mi pena.

—Verdaderamente, dijo Anita, que no es V. su ojo derecho. Toda la ternura de su corazon la dedica á su hijo Antonio.

La pobre Enriqueta cayó en el lazo, y con la inocencia propia de su edad dijo á la camarera:

—¡Ah, cuando mi papá estaba aquí no se oponia tanto á mis gustos y era más feliz!

—¿Le ha negado á V. su mamá alguna cosa?

—Una bien sencilla: el ir á casa de mi prima esta tarde.

—No veo por qué ha de privarse usted de ese gusto; vaya V. sin que lo sepa.

—¡Desobedecer á mi madre! exclamó la niña asustada; ¡eso no puede ser!

—¿No se oponè á ese pequeño placer de V. por puro capricho?

—Pero, y cómo iré sin que lo sepa?

—¿Cómo? De la manera siguiente: esta tarde va la señora á hacer algunas visitas con el señorito Antonio, y no volverán hasta las diez de la noche; ya se está vistiendo la señora. ¡Ah, es injusto el que así prefiera al señorito!

—¡Y tan injusto! Así es que de buena gana iria, á no ser porque si lo sabe.....

—¿Qué ha de saber? La señorita Sofía, á la que yo serví ántes que á su mamá de V., venía á buscarme siempre que tenía alguna pena, y entre las dos saliamos siempre adelante..... ¡Oh, aquella niña era muy dichosa..... Camarera para ella sola, trajes preciosos, una habitacion elegante!.....

—Yo no me quejo de que mamá no me dé mas lujo, dijo Enriqueta;

mal, y que para reducir gastos nos tendremos que ir á vivir fuera de Madrid; de lo que me quejo es de que me prive de toda diversion, y hasta el que vea á mi prima.

— ¡ Ah! exclamó Anita frunciendo el ceño; ¿ con que los negocios del señor van mal?

— Desde hace seis meses, de mal en peor; y como el abuelito es pobre y todo es de papá, nada podemos esperar ya.

— Vamos, señorita, esas preocupaciones son demasiado crueles para la tierna edad de V. ¡ Eh! no hay más que alegrarse, y así que la señora salga..... ¡ paff! salimos detras, y en una carrera la llevo yo á casa de su prima.

— ¿ Y si lo sabe?

— ¿ Qué ha de saber? ¡ Si fueran á saberse las escapadas que hacia la señorita Sofía conmigo!.....

— Hasta luégo, Enriqueta, dijo Antonio, que se acercaba al cenador por una de las calles laterales. Pero ¿ qué tienes? añadió al ver que habia llorado; ¿ qué te pasa?

— ¿ Qué te importa? repuso Enriqueta; tú eres el preferido por mamá..... te vas á divertir, y á mí nada se me concede.

— ¿ A divertir? repuso el niño; ¿ piensas que me divierto haciendo visitas? Voy con mamá sólo por complacerla; ya le diré que á la otra vez vayas tú, aunque no era necesario, porque ya sabes que nos lleva una vez á cada uno.

Dichas estas palabras, Antonio abrazó á su hermana, á pesar de la

dicen que los negocios de papá van frialdad de ésta, y salió para reunirse con su madre, que le estaba esperando.

No bien se perdió en la distancia el ruido del carruaje que se llevaba á la madre y al hijo, cuando Anita se llegó á Enriqueta y la dijo:

— ¡ Vamos, señorita, valor! Enjuague V. esos ojos, y vámonos á casa de su prima.

— Pero.....

— No hay pero que valga; vámonos.

Y, obedeciendo á la dulce violencia de su criada, Enriqueta abandonó su labor y se dejó conducir á casa de su prima.

IV.

La primera falta trae consigo otras muchas. Enriqueta, alentada por el secreto en que habia quedado la suya, pues cuando volvieron á casa su madre y su hermano ya estaba ella de vuelta de su escapada, reiteró tres dias despues su visita á casa de Amelia. La madre de esta niña, dolorosamente preocupada con la enfermedad de su esposo, de cuyo lado no se apartaba, apenas veia á su sobrina; y en cuanto á Luis, nada sabía, por estar encerrado en su colegio, y aplicándose dia y noche á serios y constantes estudios.

El corazon de aquel amable niño se oprimia ante la idea de la pérdida que iba á experimentar, y lloraba ya la muerte de su buen padre, que agonizaba.

— ¡Dios mio! se decia Luis; cuando el cielo descargue sobre nosotros el golpe cruel que nos espera, ¿qué recursos quedarán á mi pobre madre, á mi infeliz hermana? ¡Ah! ¿Por qué Dios no ha conservado algun tiempo más á nuestro amor al que era el sosten y el amparo de todos? ¿Por qué no me ha sido dado terminar una carrera para poder subvenir á todas las necesidades de mi querida familia? ¿Qué haré yo cuando mi padre nos falte? ¡Y, sin embargo, es forzoso que haga algo!.....

Ademas de la pena de ver á su esposo atacado de una dólencia mortal, y que ganaba terreno cada dia, la señora de La Roca tenía la de deplorar el carácter díscolo, colérico y dominante de su hija. Amelia no tenía ninguna afición á las labores de su sexo; era perezosa, holgazana, brusca y terca hasta el extremo, y estos defectos empezaron desgraciadamente á inocularse en la índole blanda y flexible de Enriqueta.

Las madres saben siempre lo que hacen; sus órdenes están dictadas por el amor sin límites que profesan á sus hijos, y la señora de Cifuentes, al prohibir á Enriqueta todo trato con su prima, obedecía á razones de cariño y de prudencia.

Ademas de adquirir defectos que no tenía, el carácter de Enriqueta sufrió una variacion extraña: su alegría habia desaparecido; al engañar á su madre se engañaba ántes á sí misma; un constante temor de que se supiera su desobediencia la atormentaba: ¿qué se habia hecho el gozo

purísimo con que ántes la abrazaba cuando habia estado algunos instantes léjos de su lado? Ahora temblaba al oír su voz; y se decia á cada instante:

— ¡Si mamá supiera adónde voy! Si una indiscrecion de Anita me vendiese, ¿qué disgusto tan grande sería el suyo!

Algunas veces queria resistir al deseo de ir á encontrar á su prima, ya en su casa, ya en una praderita que habia entre los jardinillos de Recoletos, donde solian reunirse; pero al ir á experimentar aquella privacion se decia:

— La primera vez es lo malo..... ahora ya ¿qué más da?

Enriqueta se hallaba ademas sometida á otro tormento indecible; la artificiosa Anita le decia cuán generosa era con ella su anterior señorita, la rica y amable Sofía; cuántas veces le daba azúcar y café en abundancia para que lo tomase en su cuarto, y con qué confianza le abandonaba las llaves de la despensa y de los armarios del comedor.

Enriqueta, crédula y amiga de la adulacion, como ya queda dicho que era, anheló para ella los mismos elogios que oía prodigar á la generosa Sofía; empezó á sustraer azúcar, café y pastas para Anita, y halló medio tambien de procurarle las llaves del aparador y de la despensa.

Algunas veces oía la voz severa de su conciencia:

— ¡Oh, qué culpable soy! exclamaba llorando. ¡Lo que hago, mi indigna conducta, será temprano ó tar-

de descubierta! Yo perderé el cariño y la confianza de mamá!.....

Enriqueta iba á buscar á Anita, y le aseguraba que no le daría ya nada más; pero ésta se reía cruelmente, y le contestaba con insolencia:

—Usted, señorita, es dueña de hacer lo que guste, pero tenga usted cuidado de no tener que arrepentirse; cuando venga la señora yo le diré la obediencia con que V. observa sus órdenes.

Enriqueta lloraba, y despues hacia todo lo que Anita le exigia; ántes era ella la que daba sus órdenes á la doncella; ahora era ella quien obedecía á Anita; sufría de la camarera el lenguaje más insolente, y no tenía á nadie á quien poderse quejar de su desgracia.

V.

Una mañana recibió la señora de Cifuentes carta de su esposo, hallándose sentada al lado de sus hijos: su padre, convaleciente ya de su enfermedad, se hallaba recostado en un ancho sillón, y oía á Antonio que le leía en voz alta un periódico del día, y Enriqueta, con el rostro triste y los ojos fatigados, porque la noche pasada había llorado más de lo que había dormido, cosía lentamente.

La señora de Cifuentes abrió la carta de su esposo, empezó su lectura, y á los pocos renglones dejó escapar una exclamacion dolorosa, á la par que la carta caía sobre su falda.

—¿Qué es eso, hija mia? ¿Qué sucede? ¿Está enfermo Cárlos? preguntó asustado el anciano.

Enriqueta dejó su labor, Antonio el periódico, y ambos se acercaron á su madre, sobresaltados y confusos.

—Tranquilizaos, hijos míos, vuestro papá está bueno, dijo la señora de Cifuentes haciendo un violento esfuerzo y recogiendo de nuevo la carta; pero tengo que hablar con vuestro abuelo..... id á jugar al jardín, y ya os llamaré luégo.

Antonio y Enriqueta salieron juntos; ambos iban pensativos y cabizbajos: en cuanto á su madre, así que se vió sola con el anciano, se arrojó llorando en sus brazos.

—¡Todo perdido, todo! exclamó dolorosamente: ¡mis hijos son pobres, y todos los esfuerzos de su padre no han podido conjurar la ruina de nuestra casa!

—¡Valor! dijo el anciano: hija mia, los bienes de este mundo los da Dios, y él se los lleva: no te quejes, y pide al cielo, no riquezas para tus hijos, sino un buen carácter y un alma inclinada á la virtud.

En la tarde de aquel mismo día la señora de Cifuentes llamó al salón al preceptor de Antonio, y le dijo que con gran pesar se veía obligada á decirle que no podía seguir educando á su hijo, puesto que la sensible reduccion de la fortuna de su esposo no le permitía pagarle la pension que le tenían asignada.

(Se continuará.)



LAS POMPAS DE JABON.

Vedlas con qué alegría,
Dolores y Consuelo,
De agua y jabon formadas,
Lanzan pompas al viento.....
—Mira esta qué brillante.....
¡Qué colores tan bellos!.....
—Sí; pero mira, mira.....
Qué pronto se ha deshecho.....
—¡Ya verás esta otra
Cómo llega hasta el cielo!.....

Y una tras otra, lanzan
Veinte, cuarenta, ciento,
Y cuanto más hermosas
Y grandes van saliendo,
Más presto se deshacen
Y en lluvia caen al suelo,
Sin que una vez siquiera
Consigan su deseo

De ver subir las pompas
Cruzando el firmamento.

La ambicion, el orgullo,
Los placeres sin freno,
La gloria, las riquezas,
Y otros mentidos sueños
Que el hombre, en este mundo,
Fabrica en su cerebro,
Son pompas muy brillantes,
Que, al remontar el vuelo,
En lluvia convertidas
Desaparecen presto.
Sólo la virtud puede
Cruzar el firmamento.
Sólo ella sube y.... sube.....
Hasta llegar al cielo.

RICARDO SEPÚLVEDA.